

Sociedad Navarra de Medicina de Familia y Atención Primaria - SNaMFAP

**IX Semana sin Humo (año 2008) – VII CONCURSO DE RELATOS BREVES EN RELACIÓN CON
EL ABANDONO DEL HÁBITO DE FUMAR**

2º accésit

Autor: **Gabriel González Ortiz**

Título: **“LA F DE FUMAR ES UN SEMÁFORO EN ROJO”**

- - - De acuerdo a las bases del concurso, este trabajo queda en propiedad de la Sociedad Navarra de Medicina de Familia y Atención Primaria-SNaMFAP. Por tanto, cualquier difusión del mismo no está permitida salvo que se cuente con la autorización expresa de la misma - - -

La F de fumar es un semáforo en rojo

1. El momento

Cuando el semáforo del puente se puso en verde, y los coches retomaron perezosos su camino al trabajo por encima del río, una chica denunciaba en la radio que no le dejaban entrar a un restaurante porque iba en silla de ruedas. Jorge lo escuchó sin demasiada atención, con un ojo clavado en el retrovisor -el abierto-, y con el otro apagado por el humo del cigarrillo que se acababa de encender. Se apartó su flequillo canoso con la mano izquierda y en cuanto vio libre el carril de la derecha se orilló hasta aparcar detrás de un puesto de fruta ambulante. La chica insistía en la radio: que si le habían humillado, que si el dueño era un energúmeno... Era un día gris. Jorge se atusó la barba con la mirada hacia adentro y extendió su mano derecha hacia la guantera. Para alcanzarla sin

tantear tuvo que desabrocharse el cinturón y dejar que la ceniza cayera sobre la palanca de cambios, donde ya se acumulaba una buena lámina de motas de ceniza y alguna miga de pan.

-Por Dios, qué mujer, que lo denuncie a la policía si quiere, pero que no nos amargue más el lunes, joder.

Apagó la radio y acogió tres paquetes de tabaco en su regazo. El cigarro se consumía en el cenicero. Jorge lo cazó entre sus dedos y lo acercó a la ventanilla entreabierta, para que el humo se marchara con su prima hermana la niebla matutina. Desde el otro extremo, el dibujo de su hijo de seis años sobre el asiento del copiloto le miraba con cara de “por favor, papá, por favor... déjame ver los dibujos del oso Lupo...” Era un folio arrugado y pintado sólo por una cara. Lo habría colocado antes de irse al colegio, por eso había desayunado tan rápido esa mañana. “NO FUMAR”, ordenaban esas grandes letras mayúsculas en las que la N era un tobogán, la O un sol con sus rayos y su corona, la F un semáforo en rojo, la U una sonrisa, la M una montaña nevada, la A un espantapájaros y la R un balón con piernas. Cada letra de un color diferente.

Jorge sonrió, dio una calada tan profunda que atrajo la lumbre hasta la boquilla, y salió del coche con los tres paquetes de tabaco en la mano. El viento era cortante pero soplaba con suavidad, y el mirador del puente al que se asomó todavía conservaba algo de escarcha. Con el mismo gesto que había empleado en los últimos 22 años para tirar las colillas, con esa catapulta que formaban sus dedos pulgar y corazón y que le daba un aire chulesco, arrojó las tres cajetillas al río, una después de otra. A su lado, el frutero hacía lo mismo con tres manzanas y cuatro peras podridas. Jorge regresó a su coche y arrancó hacia el banco en su primer día de ex fumador.

2. Un gato me trepa por el estómago

-Tranquilo, que puedo hablar, ya pongo el manos libres. Un momento... ya, es que me coges en el coche volviendo a casa de muy mala hostia, pero no sabes cuánta. Se me ha hecho tardísimo en el banco y encima llevo un día que todavía no sé cómo no he matado a nadie. Chico, que por fin he dejado de fumar y estoy de los nervios, parece que tengo una manada de gatos trepando por el estómago, me pica la cabeza, me he comido setecientos chicles que no paran de darme aires, no sé

qué hacer con las manos... qué ansiedad más puta, imagínate la dentera de masticar papel de plata, pues algo parecido... Joder, que llevo fumando desde los 18 años, veinte cigarros cada día... me habré fumado media tabacalera, yo qué sé, tengo que tener los pulmones como las playas aquellas del chapapote. Sí, claro que ya tocaba dejarlo, pero qué te parece, ¿que el estar convencido me lo pone más fácil? Y tú que sabrás, si has sido toda la vida más sano que el beber agua. Pues mira, no te vas a creer el porqué. Estoy harto de toser todas las mañanas, no veas cómo me tiemblan los pulmones, parece una explosión bajo el agua; la comida no sabe a nada, tengo la boca como forrada de plástico, me sofoco haciendo el amor, tengo la piel tan vieja como mi padre... un asco. Pero no, no lo he dejado por nada de eso, lo he dejado por el olor. Sí, como lo oyes. Ay... es que me entra la risa. Me vino hace un par de semanas el crío a la salida colegio y nada, que no me dejaba abrazarle, decía que olía muy mal y que no le abrazara. Y por las noches, lo mismo. Llegaba a casa, me metía en su cama a leerle un cuento como siempre, pero nada, que me daba la espalda, que olía muy mal y que le daban ganas de vomitar, y que me fuera. Así lleva dos semanas, le da igual que me lave las manos, que me cambie la ropa... el muy cabrón hace como que tose y me tengo que marchar... ¿Tú te lo puedes creer? No, al principio sí que me pareció una tontería, ya se le pasará, dije, pero es que no deja ni que me acerque. Es tan cabezón como su madre... Así que nada, estuve ayer en la cama pensando... dándole vueltas a si había llegado el momento de dejarlo... y justo hoy cuando me monto en el coche me encuentro un dibujo que me había dejado el crío que decía: "No fumar". Con colorines y todo, tócate las narices. Y ya no me lo he podido quitar de la cabeza. Ay... me comería a puñados a este niño, qué listo nos ha salido. Así que en esas estamos, ya te iré contando. Bueno, te dejo que entro en casa.

-Hola cariño, qué tal. Pues estoy que me subo por las paredes, así que perdona si estoy un poco insoportable, pero llevo todo el día de los putos nervios. Sí, todavía aguanto, tranquila, ya te he dicho por teléfono que no voy a volver, está decidido. Ya sé que te alegras y que tendrás paciencia, gracias amor. ¿Y Daniel? ¿En la cama? ¿Y hace mucho? Vaya, qué pena, joder, no lo he visto en todo el día. ¿Y se ha portado bien? Voy a subir a darle un beso. Sí, tranquila, me quitaré los zapatos.

3. El motivo

Esa puerta debe de ser papá. ¿Habrá visto mi dibujo? ¿No me reñirá, verdad? Me parece que está diciendo palabrotas. Yo voy a hacerme el dormido, que seguro que sube. Y como siga oliendo como los ceniceros del coche no voy ni a mirarle, sólo voy a toser súper fuerte. ¿Y si le digo que no le abrazo porque no quiero que se muera? No, porque mamá siempre me dice que no diga esas cosas cuando le pregunto si se va a morir algún día... Jo, ¿y si le digo que el abuelito de Iñaki Ortiz se murió el otro día y que Iñaki dijo que era porque fumaba muchos cigarros? Igual así se da cuenta, porque igual no sabe todavía que es malo... ¿Pero cómo no lo va a saber? Pero si lo pone en la caja, que yo lo vi el otro día, que ponía que fumar mata en letras muy grandes, casi tan grandes como las que le he pintado yo, pero sin colores ni dibujos. ¿Le habrá gustado mi dibujo? Jo, papá no se puede morir, nunca, porque mamá se pondría muy triste y yo igual o más, pero igual como le he dicho que no le abrazo porque huele a caca, igual no se da cuenta de lo que le quiero decir... Mañana le preguntaré a Iñaki, igual su padre ya no fuma, ¿no? ¿Cómo va a fumar si su abuelo se murió por fumar? Qué tontos son los mayores... Ya viene, aún no se ha quitado los zapatos. Voy a hacerme el dormido.

Jorge entró en la habitación y se tumbó detrás de su hijo, que dormía de espaldas a la ventana. Le dio un beso en la mejilla, le acarició la frente y le susurró al oído un “buenas noches, campeón”. Le volvió a besar con delicadeza en la nuca. Estuvo dos minutos tumbado a su lado, mirando embobado la ternura de su cara, dibujada por la suave luz que llegaba del pasillo. Después le arropó, le dio otro beso en la frente y con los zapatos en la mano salió de la habitación. De la cocina subía el olor de un huevo frito recién hecho. Pero no había andado ni diez pasos cuando oyó abrirse la puerta de la habitación. Se giró y ahí estaba Daniel, en pijama y calcetines, corriendo tras él con los brazos abiertos y una enorme sonrisa que enseñaba cuatro dientes recién caídos.